

BIOGRAFÍA

DEL

REVERENDO JOHN THAYER

PUBLICADA

En el tomo XXVIII de la Biografía Eclesiástica de Losada

POR

DON JOSÉ SANCHEZ BIEDMA

Y ANOTADA POR EL EDITOR



SANTIAGO DE CHILE
IMPRENTA MODERNA

2015-MONEDA-2015

1905

13

BIOGRAFÍA

DEL

REVERENDO JOHN THAYER

PUBLICADA

En el tomo XXVIII de la Biografía Eclesiástica de Losada

POR

DON JOSÉ SANCHEZ BIEDMA

Y ANOTADA POR EL EDITOR



SANTIAGO DE CHILE
IMPRESA MODERNA
2015-MONEDA-2015
—
1905



NOTA EDITORIAL

La biografía del reverendo John Thayer, fué escrita en 1867, por el ilustrado literato madrileño don José Sánchez Biedma, é inserta en la Biografía Eclesiástica, que se publicó por aquel tiempo bajo la dirección del Ilustrísimo Señor don Basilio Sebastián Castellanos de Losada.

Esta obra, que se conceptúa como la más importante de las de su género, consta de treinta gruesos volúmenes y contiene las biografías de los personajes del Antiguo y Nuevo Testamento, de todos los santos que venera la Iglesia, papas y eclesiásticos célebres por sus virtudes y talento, ordenadas alfabéticamente y redactadas por una reunión de literatos.

Don José Sánchez Biedma, tuvo en la redacción de esta obra, una parte muy especial. Sus artículos son espléndidas piezas biográficas, cada cual merece una significativa mención. Durante el tiempo que duró la publicación de la Biografía Eclesiástica, esto es, desde 1848 á

1868, se distinguió también como colaborador de los principales periódicos literarios de Madrid. Formó parte de la redacción de distintas publicaciones de importancia, distinguiéndose principalmente en la Historia de las Cortes y en una obra militar referente al Estado Mayor del Ejército Español.





BIOGRAFÍA

DEL

REVERENDO JOHN THAYER



MHAYER, Ministro presbiteriano de Boston, cuya conversión al catolicismo, es una de las más célebres que ha tenido lugar en los Estados Unidos. La refiere él mismo de la manera siguiente:

“Se ha anunciado en los periódicos la conversión de un ministro protestante, acaecida en Roma con motivo de los milagros del venerable Labre, y su abjuración en 25 de Mayo de 1783. Yo soy ese protestante convertido á la fe y convencido á ella por una providencia especial, que no puedo menos de reconocer. Iluminado milagrosamente, como el ciego del evangelio, tengo un placer y un deber en publicar la misericordia del Dios de bondad, á quién debo la luz y la vida de gracia. Mi conversión y mi abjuración han sido públicas y solemnes en Roma. Habiendo pasado después á Francia, he referido mi historia, ó más bien dicho la de la divina providencia para conmigo, á un gran número de personas respetables que deseaban conocer sus particularidades. Algunos amigos

me han instado además para que publicase mi historia en compendio, para mayor edificación y mayor gloria de Dios. He cedido á sus razones y á su autoridad, y me he decidido, siguiendo sus consejos, á escribirla en francés é inglés en beneficio para facilitar su lectura á los que sólo entienden uno de estos dos idiomas (1) y, no estando bastante familiarizado con el francés, no puedo menos de confesar que me he visto obligado á recurrir al ajeno auxilio para retocar mi estilo incorrecto en demasía.

Nacido en Boston, (2) de una familia bastante bien acomodada, he sido educado en la religión protestante, la única dominante y casi la única conocida en Nueva Inglaterra (3). Me negué en un principio á seguir una carrera literaria; pero á la edad de dieziseis años la reflexión é ignoro qué deseo de aprender, me obligaron á suplicar á mis padres me permitiesen estudiar. A fuerza de laboriosidad reparé entonces el tiempo perdido, i con la ayuda de un buen maestro hice progresos bastantes rápidos. Terminados mis estudios, me hice ministro de la secta puritana y desempeñé este cargo durante dos años dedicándome á la predicación y á la lectura de la escritura sagrada (4). Sentía, sin embargo, un secreto deseo de viajar: alimentaba en mi interior este deseo y formé la resolución de pasar á Europa á fin de aprender las lenguas más en uso, y adquirir algunos conocimientos sobre la constitución de los Estados, las costumbres, los usos, y las leyes y el gobierno de las naciones principales para

(1) Durante su permanencia en Lisboa en 1788 publicó la traducción de su opúsculo, intitulado: "An account of the conversion of the Rev. Mr. John Thayer Lately á Protestant Minister at Boston in North America.—(SMITH.—*Catalogue of a valuable collection of books relating to America*: London 1871).

(2) Nació el 15 de Mayo de 1758. Era hijo Mr. Cornelius Thayer y Mrs. Sarah Plaisted Thayer, vecinos de Boston en Massachusetts.—(THAYER.—*Memorial of the Thayer Name*. Núm. 1,285).

(3) Nueva Inglaterra: el antiguo nombre con que se designaban las colonias inglesas de Massachusetts, New York, Maine, etc.

(4) Se ordenó Ministro de la Iglesia puritana en 1779.

adquirir mayor consideración y ser más útil á mi patria con estos conocimientos políticos. Tales eran mis miras humanas, sin recelar los secretos designios de la providencia, que preparaba de esta manera ventajas mucho más importantes. Me embarqué, por lo tanto para Europa, y llegué á Francia á últimos del año de 1781. Me dediqué á leer los mejores autores y á instruirme en los principios del gobierno.

Tuve entonces una enfermedad, y, temiendo se me agravase, mi primer cuidado fué el prohibir se acercase á mí ningun sacerdote católico; tan firme estaba entonces en las creencias de mi secta. Después de mi restablecimiento fuí á pasar tres meses á Inglaterra, dedicándome, como en Francia, á observar los usos y las costumbres del país. Me invitaron á predicar, lo hice, y les pareció que mi doctrina no era conforme á la del país en que hablaba; contesté que la había tomado del Evangelio; pero los protestantes encuentran en el Evangelio doctrinas muy diferentes. Volví después á Francia para ir de ahí á Roma, ocupado siempre en el mismo objeto; pero muy prevenido, como puede imaginarse con facilidad, contra la religion del país y contra la nación, que se me había representado con los rasgos mas odiosos. En mi residencia en Francia había, sin embargo, concebido una idea menos desfavorable de la religion católica y mis relaciones con los italianos me hicieron también deponer mis prevenciones contra ellos.

En la travesía de Marsella á Roma nos vimos obligados, por falta de viento, á detenernos en un pequeño puerto, denominado Puerto Hércules. (1) El marqués de Elmón, anciano respetable, mayor de la Plaza, á pesar de que no tenía ninguna recomendación para él, me acogió y me trató con una bondad y un afecto paternal:

(1) El Puerto Hércules está situado en una pequeña península del Ducado de Toscana, sobre el mar Mediterráneo.

su casa, su mesa, su biblioteca, todo estaba a mi servicio. Cuando nos separamos, me obligó a prometerle conservar con él una correspondencia literaria; tuve la fortuna de encontrar por todas partes italianos del mismo carácter y todos aquellos con quienes hube de tratar me manifestaron el mismo deseo de favorecerme, en particular la honrada y virtuosa familia con la cual habité en Roma, y á cuyo lado me encontré como en mi propia casa. Tanta bondad y cordialidad con un extranjero, con un protestante conocido como tal, me interesaba y me admiraba á la vez. Esta religión, me decía á mí mismo, no es insociable y no inspira, como se ha dicho, sentimientos de aversión, y de intolerancia hacia los extranjeros. Condenaba, por lo tanto, con más fuerza cada día las injustas prevenciones que se me habían sugerido contra ella, y Dios disponía las cosas desde lejos para conducirme insensiblemente al término feliz donde he llegado.

Desde mi entrada en Roma sólo me ocupé en ver esas famosas obras maestras, y esos monumentos antiguos que atraen á los extranjeros, entre otras la Rotonda ó el Panteón, templo consagrado en otro tiempo al culto de las falsas divinidades del paganismo y dedicado hoy día en honor de la Virgen Santísima y de los Santos.

A la vista de este soberbio edificio nació en mí una idea que me pareció grande, y que sería, me decía á mí mismo, muy propio para hacer un hermoso discurso, si la religión católica fuese verdadera. He aquí en sustancia la idea que me ocurrió entonces. Este templo, consagrado en otro tiempo al culto de los falso dioses, convertido en templo del verdadero Dios: la cruz de Jesucristo levantada sobre las ruinas de todos los ídolos reunidos, como para obtener su mayor trofeo, y manifestada desde allí á toda la tierra; esta ciudad, dueña en otro tiempo de todo el universo, y la capital del mundo pagano convertida en capital del mundo cristiano.

He ahí monumentos vivos y siempre existentes del triunfo de Jesucristo sobre la fuerza armada, y del establecimiento de su imperio sobre las ruínas del imperio del demonio: nada más digno que hacer del centro de la idolatría el centro de la verdadera religión; de la primera ciudad del mundo la capital de su reino; por último, de esta escuela famosa de todas las artes, de esta ciudad célebre, que fija todas las miradas, y atrae todos los curiosos y los extraños de todas partes del universo, la escuela de la verdad y el centro común de unión entre todos los fieles que creen en Jesucristo. Entonces no faltaría nada á la gloria exterior de su religión y á la evidencia de su iglesia, que han querido sin duda poner á la vista de todos los pueblos; esta ciudad estaría entonces verdaderamente edificada sobre la montaña, puesta á la vista de todas las naciones, de manera que no pudiese estar oculta.

Esta idea me agradaba mucho; y como era aficionado á la elocuencia del púlpito, deseaba fuese verdadera, para poder tratar tan bello asunto. Este primer rayo de luz debiera haberme conducido mucho más lejos; pero todavía no era á mis ojos mas que un bello ensueño, y prescindí de ella para ocuparme de los objetos que llamaban por entonces mi atención.

Aprendí el italiano mucho más pronto y con mayor facilidad que el francés, y bien pronto estuve en estado de leer a los mejores autores de esta lengua; estudié al mismo tiempo, segun mis planes la constitucion y el estado actual de Roma.

La religión católica se presentaba sin embargo de tiempo en tiempo en mi espíritu, y aún cuando no estaba en el plan de estudios que me había trazado, deseaba conocerla á fondo interín me hallaba en aquella ciudad, lo mismo que hubiera deseado conocer la religión de Mahoma, si hubiese residido en Constantinopla. Me

hallaba por otra parte muy lejos de sospechar que la mía fuese falsa, ó por lo menos de pensar en abrazar otra; pero quería saber la doctrina de los católicos por sus propias esplicaciones, á fin de no acusarlos más de lo que dijieran ellos mismos. Me dirigí con este objeto á muchos eclesiásticos y, siguiendo mi costumbre de hacer hablar á cada uno según su profesión, les comencé á hablar de la religión; pero eran mucho más piadosos que ilustrados. Viéndome protestante decidido, me condenaron sin ilustrarme, y nos separamos igualmente descontentos: ellos de mi firmeza y yo de su celo que no me parecía conforme á los principios de la ciencia; por lo demás, yo sólo quería conocer sus opiniones y no abandonar las mías; no sentía la necesidad de ilustrarme, pero deseaba satisfacer mi curiosidad, y gracias á esta providencia admirable, que hacía que todo redundase en beneficio mío, así como el deseo de viajar me había conducido al centro de las luces sin que yo lo supiera, el deseo de instruirme me condujo también al conocimiento de la verdad, sin que pensara en ello.

Después de haber buscado repetidas veces una ocasión para hablar con un hombre instruído, que pudiera y quisiera enseñarme por completo la doctrina católica, encontré á dos eclesiásticos en un lugar donde iba con frecuencia; entré en conversación con ellos y les declaré lo que era y lo que deseaba; pensaba entonces con respecto á los jesuitas lo que piensan todos los protestantes; añadí, sin embargo, que tendría mucho gusto en conocer á uno de ellos.

No ignoro, decía, que son astutos y políticos, pero pasan por muy ilustrados y me aprovecharía de sus luces, estando en guardia contra sus sutilezas; pero precisamente estaba hablando con dos jesuitas: no les desagradó mi franqueza, y me confesaron sin vacilar que pertenecían á la Compañía.

No nos proponemos, me dijeron, daros nosotros mismos las instrucciones que deseáis, pero os dirigiremos á un hombre muy sabio, que es á propósito para satisfacer vuestra curiosidad.

Me presentaron en efecto á uno de sus hermanos, muy conocido en Roma, donde gozaba de gran reputación por su reconocida ciencia y virtud.

“Puede muy bien suceder, le dije al saludarle, que tenga algunas ideas falsas sobre vuestra religión, conociéndola solamente por las relaciones que de ella hacen sus enemigos. Si es así, mi objeto es desengañarme, pues no quiero tener preocupaciones contra nadie; no esperéis por lo tanto convertirme, de seguro no lo conseguiréis.” Esta entrada un poco brusca, no fué, sin embargo, un obstáculo para que me recibiera con una dulzura y una afabilidad que sólo podían ser el resultado de una caridad verdadera, y consintió en la propuesta que le había hecho de tener conmigo algunas conferencias sobre religión. Me expuso desde luego, por su orden, todos los artículos de la doctrina católica; esta exposición duró muchos días. Le escuché atentamente, pero sin interrumpirle, y al volver á mi casa no dejaba de poner por escrito todas dificultades y los razonamientos que parecían combatir cada uno de sus dogmas y de sus artículos. Aún cuando me ocurrían muchas dificultades, no dejaba de notar ese maravilloso acuerdo que se halla en el conjunto de la religión católica y de entrever una sabiduría que me parecía tener algo de divina.

Apenas hubo acabado esta exposición, le propuse á mi vez mis dificultades y mis dudas, y pasamos tres meses juntos discutiendo todos los artículos. Me encontré algunas veces sin poder contestar, porque obraba con rectitud en esta discusión y quería sinceramente instruirme. Me quedaban todavía muchas nubes y dificultades que tenía grande deseo de aclarar, y como este hombre

respetable sólo podía consagrarme algunas horas, á veces para llenar el vacío que dejaban nuestras conferencias, recurrí á otro jesuíta que no tenía menos celos ni menos luces. Éste obró conmigo de una manera que me admiró en un principio.

—Por hoy no entraremos en materia, me dijo, marchaos, rezad tres veces el Padre Nuestro, y volved tal día.

No pude menos de reírme por este principio y le dije:

—¡Con que no soy aún de vuestra iglesia y ya me imponéis una penitencia!

Me separé de él con esta respuesta y, sin embargo, al volver á mi casa hice esta reflexión, que la oración, lejos de extraviarme, no podía menos de serme útil, y que una religión que enseña á comenzar por la oración el examen que de ella quiere hacerse, estaba indudablemente muy segura de sí misma; ejecuté pues lo que me había prescrito, y fuí á verle el día que me había indicado.

Ya sabía en lo que consistía la doctrina católica, sólo se trataba de que me explicase algunos puntos sobre los cuales me quedaban todavía diferentes dudas; á medida que le proponía mis dificultades sobre cada uno de estos puntos, me indicaba los lugares de los mejores teólogos y controversistas en los cuales se había tratado con extensión y me proporcionaba sus obras. Las estudiaba con atención; este estudio me dió ocasión de examinar á fondo cada uno de los artículos contestados entre los protestantes y los católicos, y de pesar las razones que dan éstos para probar sus opiniones.

Me fué también muy útil un religioso agustino, á quien recurrí al mismo tiempo, y procuró hacerme distinguir lo que es de fe entre los católicos de las simples opiniones que la Iglesia permite tratar en las escuelas sin adoptarlas ni desecharlas. Esta reflexión arrojó mucha luz sobre la materia, y contribuyó mucho á poner en

orden mis ideas, pues los protestantes acostumbraban á confundir estos dos asuntos y se embrollan en su consecuencia.

En el dogma hay una completa unidad, la diferencia sólo consiste en las opiniones: mezclando estas dos cosas toman ocasión de atribuir á la fe lo que no conviene mas que á las opiniones libres é indiferentes.

El cuidado que tuve, por tanto, de consultar muchos doctores me fué doblemente útil; me aproveché de sus luces particulares y tuve ocasión de observar que estaban en un perfecto acuerdo sobre la fe, que en efecto debe ser una, como es una la verdad.

Esta uniformidad de opiniones, que ha reinado en todos los siglos entre los católicos, me causaba una viva impresión porque no la había visto nunca entre nosotros.

Había tenido relaciones con los jefes de nuestras sectas, había hablado con frecuencia con ellos; conocía muy bien sus opiniones, no había dos que estuvieran de acuerdo sobre los puntos más esenciales; mucho más todavía, no había ninguno que no hubiese variado en su doctrina.

Recuerdo que uno de nuestros más célebres predicadores me hizo un día esta confesión: "Cuando predicaba en tal parte, me dijo, pasaba por heterodoxo. Lo era efectivamente entonces, aunque tenía opiniones muy erróneas; pero he cambiado desde aquella época, y si predicase hoy se creería mi doctrina exacta y pura. Por lo demás, añadía, tengo esto de común con todos nuestros predicadores; no conozco ninguno que no haya variado como yo en sus opiniones sobre la doctrina."

Esta confesión no me hizo impresión en la época en que me hallaba, pero la recordé después y me hizo reflexionar muy atentamente; nueva demostración de lo que se dice ordinariamente, que los buenos ó los malos principios recibidos en la juventud producen su efecto

más tarde ó más temprano. Dábame pena esta inestabilidad de nuestros jefes en su doctrina. Veía que era una consecuencia inevitable del primer principio de los protestantes, según el cual cada uno es juez de su fe; según este fundamento no hay ninguna regla fija para las creencias, de aquí la eterna contradicción de los ministros entre sí; aquí la frecuente variación de cada uno en su doctrina.

Había intentado conciliarlos todos, y no había encontrado otro medio más que sostener que bastaba creer en Jesucristo y tener intención de honrar á la Divinidad; pero con este sistema, que me agradaba mucho, hubiera llegado á reunir todas las sectas aún las más opuestas, también ensanchaba cada día más los límites que no quería negar á la libertad de pensar.

Tenía amigos entre los armenios y anabaptistas, los cuáqueros y otras, y hubiera adoptado poco á poco la tolerancia en su mayor escala.

Tienen razón los protestantes en decir que admiten la Sagrada Escritura como regla de su fe; pero en cuanto no reconocen ninguna autoridad viva para fijar su sentido, en cuanto dejan su interpretación á cada particular, no hay medio de convencerlos de error; y si place al sociniano, por ejemplo, decir que no encuentra nada en la Sagrada Escritura que demuestre la divinidad de Jesucristo, nadie tiene derecho á exigir de él que crea este dogma, ni á condenarle porque le rechaza.

Este principio lleva mucho más lejos todavía: conduce á un hombre que raciocina con exactitud á la indiferencia de todas las religiones, y zapa los cimientos del Cristianismo haciendo á la razón individual árbitra suprema de su creencia.

Esta reflexión y otras mil que se me ocurrieron no tuvieron entonces todo el efecto que debían producir, pero me prepararon para abrir algún día los ojos á la verdad.

Mis investigaciones me habían conducido ya mucho más lejos de lo que yo había pensado; sólo pretendía en un principio tener un conocimiento exacto de la doctrina católica, é insensiblemente había llegado al punto de no encontrar en ella nada que no fuese razonable; no tenía al comenzar este examen la menor sospecha de que mi secta fuese falsa; ya percibía su parte débil y tenía algunas dudas; era preciso, sin embargo, que me resolviese á abandonarla.

Las preocupaciones en que había sido educado tenían aún demasiado imperio sobre mi espíritu, y mi corazón no se hallaba aún dispuesto al sacrificio que exigía de mí este cambio.

Creí hacía demasiado tomando la resolución de llevar conmigo á América las mejores obras de controversia compuestas por los católicos, para leerlas á mi regreso á mi patria, decidido á cambiar entonces de religión si no podía contestar á sus razonamientos, después de haber reflexionado maduramente; pues había tomado el partido de no hacer mi abjuración en Roma por muchas pruebas que se me presentasen, por temor, me decía á mí mismo, de no dar un paso precipitado. Pero la Providencia, fija siempre sobre mí, no me permitió todas estas dilaciones que hubieran podido serme funestas y preparó diversos acontecimientos que apresuraron el instante de mi conversión.

Cayó en mis manos una obra del P. Segneri, sobre el Angel de la Guarda; la piadosa creencia de que cada uno de nosotros tiene un ángel tutelar por testigo de sus acciones, no era nueva para mí; me la habían inspirado desde la infancia, pero no había hasta entonces influido en nada, ó por lo menos muy poco, sobre mi conducta. La lectura de esta obra despertó las primeras impresiones de piedad que se me habían inspirado en otro tiempo. Reflexioné sobre mi vida pasada, me reconvine por haber

faltado con tanta frecuencia al respeto que debía á mi Ángel de la Guarda y formé el designio de velar en adelante sobre mí mismo para evitar todo lo que pudiera desagradarle.

Este cuidado de alejarme del pecado contribuyó sin duda á mi conversión á la fe; era un obstáculo menos á la gracia que Dios quería concederme.

Me hallaba en semejante estado cuando la muerte del venerable Labre, (1) y los milagros que se decían obtenidos por su intercesión comenzaron á extenderse por la ciudad de Roma y á ser objeto de todas las conversaciones. A pesar de las lecciones que había recibido y de la luz que me habían dado, no estaba de ningún modo dispuesto á creer todo lo que se me refería.

La más arraigada de todas mis preocupaciones contra los católicos era una incredulidad formal con respecto á los hechos milagrosos que dicen se verifican entre ellos; había sido educado en este convencimiento como todos los protestantes, que lejos de admitir el don de los milagros le desdeñan y toman el partido de negar que sea verdadero.

No me contenté con negar absolutamente lo que se refería entonces; me burlé de ello y usé en los cafés chistes muy indecorosos sobre el siervo de Dios, cuya pobreza y aparente miseria me desagradaban, y sobre este punto iba mucho más lejos que mis mismos amigos, protestantes como yo; creciendo, sin embargo, el número

(1) San Benito José Labre, nació en Amette, Pas-de-Calais, en 1748; y murió en Roma en 1783. Fué monje del Convento de Cartujos de Montreuil, el cual abandonó á consecuencia de la mala salud que no le permitió seguir el austero régimen del cláustro. Hizo varias peregrinaciones á Roma. La mayor parte de su vida la ocupó en el ejercicio de obras de piedad. Después de su muerte se verificaron diversos milagros que confirmaron la fama de santidad que gozó durante su vida. La Congregación de Ritos le dió el título de Venerable. Fué beatificado por Pío IX, en 1861; y canonizado por León XIII. Su fiesta se celebra el 16 de Abril. Sus restos se encuentran sepultados en la iglesia de Nuestra Señora de los Montes, en Roma.—(LAROUSSE.—*Dictionnaire Universel*).

y el peso de los testimonios, creí que debía examinarlos por mí mismo; hablé muchas veces con el confesor del difunto, del cual supe una parte de su vida.

Fuí á ver á cuatro de las personas que se decía haber sido curadas milagrosamente, me convencí de su estado actual y del en que habían estado anteriormente; me informé del género y de la duración de la enfermedad de que habían sido atacados, y de las circunstancias de su curación operada instantáneamente; recogí las deposiciones de los que las conocían y después de todos estos informes tomados con el mayor cuidado, quedé plenamente convencido de que la realidad de cada uno de estos milagros estaba mejor probada que los hechos más averiguados.

Una de estas personas, religiosa en el convento de Santa Polonia, tenía un vaso roto en el pecho; hacía 18 meses que había caído en una languidez que aumentaba diariamente. Su debilidad era tan grande que no podía tomar alimento alguno; invocó al venerable Labre, tomó llena de fe un bálsamo en que se había metido una de sus reliquias y quedó sana en el momento. El mismo día bajó al coro con las demás religiosas, comió sin incomodidad alguna é hizo con facilidad los trabajos más penosos de la casa; todo lo cual me atestiguaron la superiora y seis religiosas de la comunidad.

Yo mismo vi muchas veces á la religiosa curada, la hablé y la encontré llena de salud y buena.

No me contenté con esto, visité al médico que la había asistido durante toda su enfermedad y me confirmó en todo lo que la comunidad me había dicho sobre este asunto y añadió que se hallaba pronto á jurar sobre el Evangelio que la enfermedad era naturalmente incurable.

Continué visitando á la religiosa todo el tiempo que permanecí en Roma, es decir, durante cerca de cuatro

meses y tuve ocasiones para convencerme de que la curación era incontestable, y á mi partida la dejé en completa salud.

Convencido, como yo estaba, de que las curaciones tienen siempre algo de sobrenatural, no podía dejar de meditar sobre lo mismo y sobre el peligro que corría continuando en mi secta; estas reflexiones me ponían en la más extraña perplejidad, siendo difícil explicar la situación violenta en que me encontraba entónces.

La verdad se me manifestaba por todas partes; pero la combatían todas las preocupaciones que yo había adquirido desde la cuna: sentía la fuerza de los razonamientos que se habían opuesto á la doctrina de los protestantes; no tenía el valor de rendirme, veía claramente que la verdad de la Iglesia romana está fundada en numerosas pruebas; veía que sus contestaciones á todo lo que la oponen los protestantes son sólidas y satisfactorias; pero era preciso adjuar los errores en que había sido educado, y que yo mismo había predicado á los demás.

Era ministro en mi secta, y tenía que renunciar á mi estado y mi fortuna; uníame el más tierno afecto á mi familia, y temía incurrir en su indignación, conteníanme tan caros intereses; en una palabra, había llegado la convicción á mi espíritu, pero no había cambiado mi corazón.

En estas circunstancias, estando vacilante é irresoluto llegó á mis manos un libro titulado: *Manifesto d'un cavaliere cristiano convertito alla religione cattolica*; libro que sería conveniente traducir á todos los idiomas y circular por todos los países donde hay herejes.

El autor refiere históricamente su conversión, y discute con brevedad todos los puntos controvertidos entre los católicos y protestantes.

Inserta en su principio una oracion, que le fué comunicada por un católico, para implorar las luces del Espíritu Santo, que no será inútil colocar aquí:

“Dios de bondad, todopoderoso y eterno, padre de misericordia, salvador del género humano, os suplico humildemente por vuestra soberana bondad ilustréis mi espíritu y penetréis mi corazón, á fin de que por medio de la fe, de la esperanza y de la caridad viva y muera en la verdadera religión de Jesucristo; estoy seguro de que como no hai más que un sólo Dios, tampoco puede haber más que una sola fe, una sola religión, un sólo camino de salvación, y que todos los caminos opuestos á este no puede conducirnos mas que al infierno. Esta fe ¡Oh Dios mío! es la que yo busco con insistencia para abrazarla y salvarme. Protesto, pues, delante de vuestra divina Majestad, y juro por todos vuestros divinos atributos, que seguiré la religión que me hayáis hecho conocer como la verdadera, y que abandonaré, sin perdonar ningún sacrificio, en la que reconozca errores ó falsedad. No merezco, es verdad, este favor, á causa de lo grande de mis pecados, de los cuales tengo un profundo dolor, puesto que ofenden á un Dios tan bueno, tan grande, tan santo, tan digno de ser amado; pero lo que no merezco, espero obtenerlo de vuestra infinita misericordia, y os suplico me lo concedáis por los méritos de la sangre preciosa que vertió por nosotros, pobres pecadores, vuestro único hijo Jesucristo. Amen.”

Tenía al recibir este libro un presentimiento de que iba á ser para mi el golpe de gracia, así no me decidí á leerle sino con grande dificultad; mi alma estaba, por decirlo así, despedazada por dos movimientos contrarios.

¡Cuántos combates, cuántos asaltos no tuve entonces que sufrir!

Recorrí por lo tanto con los ojos esta oración, sin poder resolverme á decirla; deseaba ser ilustrado, y temía la demasiada luz; mis intereses materiales y otras mil y mil razones se presentaban á la vez á mi espíritu, y contrabalaceaban las saludables impresiones de la gracia: venció,

por último, el interés de la salvación eterna; me puse de rodillas, me animé á rezar esta oracion con la mayor sinceridad que me fué posible, y la violenta agitacion de mi alma lo mismo que los combates á que acababa de entregarse, me hicieron verter lágrimas en abundancia; me puse, pues, á leer aquel libro, que es una explicación compendiada de las principales pruebas que establecen la verdad de la religión católica.

El conjunto de estas diferentes pruebas, que hasta entonces sólo había visto separadas, tantos rayos de luz reunidos en un foco, me hirieron vivamente; por otra parte, yo no oponía ya á la gracia la misma resistencia: Dios hablaba á mi corazón al mismo tiempo que iluminaba mi espíritu, y me daba fuerza para vencer los obstáculos que me habían detenido hasta entonces.

Aún no había terminado la lectura del libro cuando exclamé: "Dios mío, os prometo hacerme católico" El mismo día anuncié mi resolución á la familia en cuya casa habitaba, y se alegraron mucho, porque eran sinceramente piadosos.

Fuí por la noche al café, donde dí parte de mi cambio á todos mis amigos, que eran protestantes, y para reparar en cuanto me fuera posible el escándalo que había dado defendí la sentencia del venerable Labre, y declaré que tenía muchas más pruebas de la verdad de sus milagros de las que exigiría sobre ningun otro hecho.

Para no avergonzarme tampoco de pertenecer á la Iglesia de Jesucristo, invité á muchos de mis amigos á ser testigos de mi abjuración.

Algunos se quejaron, otros se burlaron de mi debilidad: pero Dios, que me había llamado á la fe, me ha sostenido, y tengo la firme confianza de que me sostendrá hasta la muerte.

Debo confesar aquí, que antes de mi abjuración tuve que sostener todavía algunos combates en mi imaginación

sobre el culto de la Santísima Virgen y de los Santos. Sabía, sin embargo, lo suficiente sobre este punto; no dudaba de la utilidad de emplear para con el Hijo la intercesión de su santa Madre, y que lejos de injuriarle amando y honrando á la que amó Él mismo con tanta ternura, le honraba mucho más todavía; pero mis antiguas preveniciones se presentaban á pesar mío á mi espíritu, y me turbaban contrami voluntad.

La acusación de idólatras que había oído dirigir á los católicos con este motivo, me asustaba todavía, aunque la creyese mal fundada.

Me asemejaba á esas personas que habiendo tenido en su infancia fuertemente herida de los ridículos cuentos de los aparecidos, no pueden aún en la edad madura defenderse de un estremecimiento involuntario cuando se presentan estas ideas á su espíritu, á despecho de su razón, que se avergüenza de ellas; necesitaba hacerme violencia, y cuando comencé á invocar á la Santísima Virgen, lo hice temblando.

Me dirigí desde luego á Jesucristo, protestando que no tenía otro designio sino el de honrarle, y que deseaba hacerlo con mayor perfección por medio de su Santa Madre, suplicándole no me imputara intenciones idólatras que rechazaba con toda mi alma. Dirigiéndome después á la Santísima Virgen: "Madre tierna, la dije, si es permitido implorar vuestro socorro, ayudadme en el estado miserable en que estoy; por Vos ha venido á nosotros el Salvador, y por Vos deseo ir á Él. Las Sagradas Escrituras refieren, que por mediación vuestra se ha obrado el primer milagro en la fe evangélica en el orden de la gracia (la santificación de San Juan Bautista) y el primero en el orden de la naturaleza (el cambio del agua en vino); todavía queda otro por hacer; no os negueis á emplear vuestro crédito, no lo merezco, hace mucho tiempo que os desconocía pero he comenzado, aunque temblando, á diri-

girme á Vos; interceded por mí cerca de vuestro divino Hijo.”

Dirigiéndome después á Dios: “Señor, añadía, os pido vuestra gracia; habéis prometido escuchar á los que os invoquen, y yo lo hago de todo mi corazón. Busco la verdad, cualquiera que sea su precio; vos sois testigo ¡Dios mío! No puedo engañarme al dirigirme á vuestra santa Madre; vos seríais la causa de mi error.”

Resultado de esta oración fueron la tranquilidad y la confianza: desde esta época he creído siempre en la Santísima Virgen; estoy seguro de haber obtenido y recibido gracias por su intercesión: el reconocimiento me obliga á confesarlo.

Yo procuro tomar parte en todo cuanto contribuye á honrarla; me he comprometido y trabajo en extender su culto en cuanto puede depender de mí.

Preséntase aquí una reflexión mui natural: ¿puede permitir Dios que se engañe un hombre al elegir una religión, cuando después de haber estudiado detenidamente su conducta, después de fervorosas oraciones, después de investigaciones largas y laboriosas, se decide á abrazarla á expensa de todo lo más querido que hay en el mundo, familia, estado, fortuna, reputación?

Si esta religión fuese falsa, ¿no podría decir á Dios con un célebre teólogo: “Señor, vos sois quien me ha engañado?”

Esta reflexión adquiriría un nuevo grado de fuerza, si se añade el prodigioso cambio que se ha operado en mí después de mi conversión; vacilo en publicarla, pero me parece que debo hacerlo para glorificar la divina Providencia, y para dar un testimonio á la religión católica que tengo ahora la fortuna de profesar.

¡Cuán diferente es mi estado del en que me encontraba antes. Mis pensamientos, mis inclinaciones, mis desiguos, todo ha cambiado; no me conozco á mí mismo.

Apenas tomé una resolución, abandoné los estudios profanos que me habían ocupado hasta entonces; dejé mis libros sin acabarlos de leer, y me deshice de cuanto me pertenecía.

Desde aquella época las pasiones no han tenido ya imperio sobre mí; me han abandonado por completo mis proyectos de ambición y de figurar en el mundo; no pretendo ya nada; no tengo placer más que en las cosas de Dios; siento en el fondo de mi corazón una paz que no había conocido todavía. No es ya, como anteriormente, la engañosa seguridad de una conciencia que sólo piensa en la misericordia de Dios y que no ve el peligro á que se expone; es la dulce confianza de un hijo que se encuentra en los brazos de su padre y que tiene motivos para esperar que nada podrá arrancarle de ellos, á pesar de los peligros que le rodean.

Si esta religión ha sido creada para el corazón, no obstante la solidez y la fuerza de las pruebas que me han convencido de que es la verdadera religión de Jesucristo; el contento, la alegría pura que la acompaña, es para mí otra especie de prueba, que no es menos persuasiva.

Las verdades que me han costado más trabajo creer son las que me dan hoy mayor consuelo.

El misterio de la sagrada Eucaristía, que me había parecido tan increíble, es para mí una fuente inagotable de espirituales delicias.

La confesión, que había mirado como un yugo insufrible, me parece en extremo dulce por la tranquilidad que proporciona á mi alma.

Ah! Si los herejes y los incrédulos pudieran sentir las dulzuras que se saborean al pie de los altares, cesarían bien pronto de serlos ¡Qué no pudiera yo hacerme oír de todos! Entonces les diría: probad y ved por vuestra propia experiencia cuán dulce es el Señor; cuán bueno es

para los que le sirven en la santa sociedad que ha formado él mismo y que vivifica con su espíritu.

He aquí el deseo dominante, el único deseo de mi corazón, el de extender en cuanto me sea posible el imperio de la verdadera fe, que forma en la actualidad mi dicha; no ambiciono más; por esta razón deseo volver á mi país, esperando ser en él, á pesar de mi insuficiencia, el instrumento de la conversión de mis compatriotas; y es tal la convicción que poseo de la verdad de la Iglesia romana y mi reconocimiento por la gracia señalada que Dios me ha hecho al llamarme á la verdadera fe, que la sellaría con mi sangre, si Dios me concediese esta gracia, y no dudo me dé fuerzas para llevarlo á cabo.

Conjuro á los que lean este escrito pidan con fervor al Padre de las luces y al Dios de las misericordias, cumpla su voluntad con su siervo y abra un acceso fácil á la fe en mi país, la haga germinar y fructificar en un país donde no se ha profesado nunca.

Quizá (me detengo con placer ante este pensamiento consolador), quizá el que establece los imperios y los destruye á su voluntad, el que hace todo por sus elegidos y por los intereses de su Iglesia, no ha permitido y conducido á un término glorioso la admirable revolución (la independencia de los trece estados de la América Septentrional) de que acabamos de ser testigos, sino para ejecutar algún gran designio y una resolución mucho más dichosa todavía en el orden de su gracia. Así sea."

Mr. Thayer volvió á Francia después de su conversión, entró en el seminario y se ordenó de sacerdote en 1787.

Su intención era volver á América para hacer partícipes á sus compatriotas de las gracias que el Señor le había cedido.

Esperando con este objeto una época favorable, hizo muchos viajes á Londres, donde permaneció la última vez

todo un año. Habitó en un principio uno de los barrios más ricos, pero su caridad para con los pobres le hizo bien pronto elegir uno de los arrabales de la ciudad, habitado por los que tenían más necesidad de socorros espirituales y temporales y donde se retiraban los mendigos. Esta es la parte de Londres que se denomina Borough of (arrabal de) Southwark (1).

Su primer cuidado fué reunir á los niños, á los cuales encontró en la mayor ignorancia; el número de los católicos era allí mui crecido y se constituyó como en su párroco. Todos los domingos y fiestas se dirigía á un lugar, que por su situación, su sencillez y su obscuridad, recordaba los lugares subterráneos donde se reunían los fieles en la primera edad de la Iglesia.

Había servido de fábrica de alfileres, y los católicos, á quienes agradó aquel lugar, le reedificaron á sus expensas para convertirle en Iglesia; este era el sitio principal donde Mr. Thayer ejercía el ministerio apostólico.

La reunión se componía por lo general de doscientas setenta personas. Celebraba el sacrificio de la misa, rezaba vísperas, predicaba y enseñaba dos veces al día y algunos más. Tres días á la semana estaban destinados á la confesión, sucediéndole con frecuencia estar aún en el confesionario á las once de la noche.

La dulzura y la afabilidad que acompañaban su celo; su paciencia infatigable, su ardoroso amor á Dios y su tierna caridad para con todos, le obtuvieron bien pronto gran número de penitentes. La mayor parte eran pobres irlandeses; el celo del pastor se comunicaba de tal modo á sus ovejas, que éstas le traían cada día otras nuevas. Id, id á ver á M. Thayer, decían los pecadores ó los herejes que había convertido, á todas aquellas á quienes querían

(1) El arrabal de Southwark, corresponde actualmente al barrio del mismo nombre, situado al sur del río Thames, cuya población era en 1881 de 221.866 habitantes.

procurar la gracia de Dios; apenas le veáis y oigáis una vez, le amaréis como á vuestro padre y le respetaréis como un ángel descendido del cielo.

El cambio que operó en las creencias y costumbres de una extraordinaria muchedumbre con sus exhortaciones ya públicas, ya particulares, fué verdaderamente prodigioso: tuvo el consuelo de atraer á treinta y seis herejes al seno de la Iglesia. ¡Y cuántas conversiones sin haberse terminado estaban muy adelantadas cuando abandonó á Londres!

Un verdadero apóstol es siempre un modelo de penitencia. Mr. Thayer estaba harto convencido de esta verdad para no constituirla en regla de su conducta.

Su habitación era la imagen de la pobreza! jamás encendió fuego en todo el invierno, no obstante que fué el más cruel que había experimentado hacía muchos siglos. Su alimento correspondía á lo demás: su comida ordinaria eran pan y agua con algunas legumbres. Cuando se manifestaba sorpresa por lo duro de la vida que hacía, ó se le hacía alguna observación bajo este concepto, contestaba: ¡Qué queréis? nosotros no somos mejores que nuestro Maestro.

Se había hecho una ley de no aceptar ninguna invitación á comer ó cenar en la ciudad, la cual no denegó ni una sola vez. Una de las razones que alegaba cuando le convidaban personas opulentas, era el temor de perder el tiempo que quería aprovechar para gloria de Dios y servicio del prójimo; nadie ha sido nunca más avaro de sus momentos.

Repartía el día entre la meditación, la oración, los estudios y trabajos de sus sagrados ministerios. Se levantaba por lo regular á las cuatro y media de la mañana, después hacía oración, rezaba el oficio y estudiaba hasta las ocho, ora en que tenía costumbre de celebrar el sacrificio de la misa. Su desayuno consistía en dos onzas de pan y

un vaso de agua, después de lo cual iba á exhortar á los pecadores, ó visitar los enfermos ó á hacer alguna obra de caridad. La frugalidad de su comida era extremada; lo único que durante ella le satisfacía era la lectura á que se entregaba hasta el fin; apenas se levantaba de la mesa, volvía á entregarse á sus obras de caridad ó dedicaba algún tiempo á conversar con algunos amigos virtuosos; hablando siempre el lenguaje que inspira el espíritu de Dios, sabía sin embargo sazonar de tiempo en tiempo sus conversaciones con diferentes ejemplos de historia profana, que le proporcionaba su memoria, ó con algunas buenas palabras inocentes, que le sugería para el caso su alegre carácter; el cual no había variado de como se le había observado cuando estaba en París.

Empleaba una gran parte de la noche en distribuir las limosnas que había recogido de las casas de los ricos; las cuales iban siempre acompañadas de algunas palabras de consuelo.

Por lo común se anunciaba á los pobres, á quienes socorría, como un indigno instrumento de la bondad divina; de esta manera daba margen á las prudente y piadosas exhortaciones que les dirigía; de tiempo en tiempo iba á visitar á los presos, y le administraba los sacramentos.

Lo que más deseaba era asegurar el porvenir de dos escuelas que había fundado el año anterior; durante la última época en que residió en Londres, aumentó mucho el número de discípulos; necesitaba socorros, pero la divina Providencia le hacía hallar los recursos necesarios en la caridad de las personas ricas, cerca de las cuales iba á defender la causa de los pobres niños abandonados, y he aquí el espediente que le sugirió su celo para asegurar la duración de su obras.

Algunos días antes de su partida invitó á algunos católicos celosos á reunirse en una casa de campo, que no se hallaba distante de la ciudad, para comer juntos; no le

costó trabajo encontrar convidados, la reunión se componía de personas elegidas por él; reinó en la comida la frugalidad conveniente á cristianos reunidos por la caridad en una misma mesa, pero con toda la cordialidad que inspira esta virtud.

Como el inocente festín no era más que la preparación para una obra santa, apenas hubo terminado, Mr. Thayer dirigió una exhortación á los presentes sobre la importancia y la necesidad de la instrucción de los pobres, la cual fué seguida por otro discurso pronunciado por un niño de sus escuelas en nombre de todos los demás.

Propuso después el plan de un establecimiento fijo y permanente, y para proceder con eficacia á su ejecución, se abrió una subscripción.

No quedó frustrada la esperanza de nuestro misionero, y la simiente de la palabra que acababa de esparcir en la asamblea, le produjo no solo lo necesario para el entretenimiento de las escuelas compuesta cada una de cincuenta discípulos, sino también para perfeccionarlas y aumentarlas.

He aquí un rasgo propio para admirar las vías de la Providencia y la singularidad de los medios que emplea con frecuencia para operar la conversión de las almas.

Un joven, por una aberración de cabeza, se había propuesto insultar al primero que encontrase y que le pareciera sacerdote. Esta aventura le sucedió á Mr. Thayer; el inglés sospechaba que era sacerdote, le dirige la palabra maltratándole, y le dice entre otras cosas: "Haz penitencia de tus pecados y renuncia á tu magia." Mr. Thayer le mira con bondad, le contesta con dulzura, y le pregunta las razones que tenía para obrar así. El jóven toma un tono más moderado, le dice le siga á su casa y este le acompaña con gusto.

A su llegada, el aventurero se supone discípulo de un profeta, pero su maestro no estaba entonces. Mr. Thayer

le obliga á prometerle tener una entrevista con él, y se marcha diciendo: Suplicadle venga á verme.

Algunos momentos después aparece al profeta, y entraron desde luego en conversación sobre asuntos religiosos. Mr. Thayer no se dió á conocer como católico.

Uno de los primeros asertos del profeta fué que había sido transportado al tercer cielo, como San Pablo, añadiendo que él sólo tenía en la tierra la facultad de perdonar los pecados, que el Espíritu Santo obraba en él de una manera particular, inspirándole santos gemidos, que no hacía experimentar á los demás; le esplicó algunos y concluyó preguntando á Mr. Thayer si podía hacer y decir las mismas cosas que él: Os confieso, le contestó Mr. Thayer, que nunca he oído gemidos semejantes, pero quería saber cuál es vuestro *credo* y conocer los dogmas de que hacéis profesión. El profeta se escusó contestando que su símbolo no estaba aún terminado, y se separaron prometiéndose volver á ver. No tardó Mr. Thayer en irle á buscar: después de haber conversado con él algún tiempo, dejándole siempre ignorar su religión, se declaró por último, y no hallando en el supuesto profeta grande oposición á oírle, procuró por toda clase de medios y argumentos convencerle de la verdad. Hallábase presente el discípulo, y sólo por él habló Mr. Thayer con la mayor elocuencia, pues se rindió á la luz que Dios ofrecía á ambos. Y el profeta continuó en su ceguedad. Nuestro misionero fué desde entonces el maestro del joven, y se propuso instruirle á fondo en la fe católica.

Completamente sumiso su corazón, necesitó poco tiempo para terminar en él la obra de la gracia y hacerle capaz de abjurar.

Cuando Mr. Thayer hubo instruido bien á su neófito, volvió éste á casa de su primer maestro, y después de haberle expuesto los diferentes puntos de la fe católica, le preguntó su opinión. ¡Cosa notable! el profeta, lejos de

objetar y de contradecir, le confirma en las opiniones cuya exposición acaba de oír, hasta darle sólidos argumentos en favor de los dogmas de la Iglesia romana, insistiendo en particular en que nuestro Señor había dejado á la Iglesia el poder de perdonar los pecados, sosteniendo que á su parecer se debía recurrir á ella para obtenerle, pues él se oponía á sí mismo superior á todo, y se miraba como revestido del poder principal.

Este nuevo Balaán profetizó también por esta vez, que su antiguo discípulo, que no quería serlo más que de Mr. Thayer, siguió á éste únicamente é hizo profesión de fe en sus manos el 24 de Octubre de 1788.

Esta fué una de las últimas conversiones de que fué instrumento Mr. Thayer antes de marchar de Londres; quizá si se hubiera detenido uno ó dos meses más, hubiera terminado otro que solo tuvo tiempo para comenzar. He aquí su relación: A pesar de ser Mr. Thayer sacerdote católico, veía con frecuencia á otros ministros de diversas sectas, los cuales hablaban siempre con él sobre materias de fe, con espíritu de moderación y de paz, porque sabía ganarlos con su dulzura y hacerlos amigos suyos. Entre los diferentes con quienes hablaba, había uno llamado Winchester, nacido como él en América, y al cual se suponía hombre de mucho talento. Había sido educado é instruído por otro ministro americano, cuya doctrina consiste en que Dios algun tiempo después del fin del mundo, sacará á las almas del infierno.

El discípulo iba mucho más allá que su maestro, y pretendía que los mismos demonios veían también el fin de sus tormentos.

Como Mr. Thayer conocía en América á muchos parientes de este ministro, fué á verle en calidad de compatriota, y después de los cumplimientos de costumbre, manifestó el deseo que tenía de oír hablar de la opinión

que enseñaba relativa á las almas condenadas á las penas del infierno.

Uno de los argumentos más fuertes del ministro era la autoridad del grande Orígenes (estas eran sus palabras) que la había sostenido en el siglo II.

Esta doctrina, añadió, ha sido reconocida por mucho tiempo, y desde la época fatal de la noche papista, ha quedado como envuelta en las más profundas tinieblas; pero la nueva reforma ha comenzado por último á sacarla á luz, y poco á poco la veréis recobrar su primer esplendor.

Mr. Thayer, dejando siempre ignorar que era católico, después de haber dejado hablar sin manifestar ni disgusto ni sorpresa; habló á su vez, y discutió la materia con mucha tranquilidad, pues era difícil hablar mejor que él en cualquiera discusión.

El ministro le escuchó con interés y la mayor calma; lejos de manifestar desprecio á las razones que acababa de oír, pareció apreciar al controversista que acababa de objetarle, y aún cuando había sostenido su opinión con mucha confianza, no tuvo la suficiente para proponerse refutar á Mr. Thayer.

La conversación terminó pues con la promesa de volverse á ver; las visitas fueron frecuentes, y Winchester manifestaba siempre mucha amistad á nuestro misionero, cuya religión no parecía sospechar, pues siempre se deshacía en continuas declamaciones contra los papistas, llegando su preocupación hasta decirle que no tendría valor para vivir, ni siquiera para dormir una sola noche en una casa habitada por católicos.

En cuanto á mí le replicó Mr. Thayer, siempre con la misma bondad, no tengo de ellos una reputación tan desventajosa como vos.

He tratado á muchos, y he leído mucho de sus autores, esperando encontrar en ellos mil absurdos, más su

doctrina me ha parecido por el contrario muy razonable.

El ministro alegó todo lo que le pareció más favorable á su secta, tomó con ardor la defensa de la reforma, y no perdonó ningún género de injurias contra la Iglesia romana.

Después de haberle dado todo el tiempo necesario para explicarse Mr. Thayer no quiso ya guardar silencio sobre su fe, y le dijo sonriendo: Pues sabed que estáis hablando con un sacerdote católico!

El ministro herido y casi desconcertado á estas palabras, no se atrevió ya á abrir la boca; pero lo que le causó mayor impresión fué el vivo contraste del torrente de injurias que había salido de su boca contra los papas y los papistas, con la bondad inalterable que había manifestado su adversario siempre que habían conferenciado juntos.

Esta reflexión le hizo mucha más fuerza todavía que todos los argumentos, y desde el momento en que la hizo no fué ya el mismo hombre.

Mr. Thayer supo aprovecharse de la buena disposición en que le dejó, y le procuró y llevó por sí mismo muchos libros, de los cuales pudo estudiar y reconocer por sus propios ojos la verdadera doctrina que profesan los católicos.

Lo que le agradó más de estas diferentes obras, fué la lectura de la vida de los Santos; cuando Mr. Thayer se despidió de él, le confesó, que desde que la había comenzado creía en los milagros que refería, añadiendo que estaba poseído de un gran sentimiento de respeto hacia la religión católica, de lo cual dió una prueba decisiva; pocos días antes de su partida, le propuso Mr. Thayer asistir á una confirmación; fué con él acompañado de su mujer, y después de la ceremonia se arrojó á los pies del obispo católico que acababa de hacerla, pidiéndole su bendición.

Habiendo recibido, por último, Mr. Thayer las noticias de América que esperaba hacía mucho tiempo, se despidió de su querido rebaño de Londres.

El lugar de la reunión, que estaba lleno siempre que hablaba, no pudo contener la mitad de los que fueron á oír su último discurso; había tantos oyentes dentro como fuera; apenas hubo abierto la boca para manifestarles la necesidad en que se hallaba de separarse de ellos, y el dolor que le causaba esta separación, cuando todos se deshicieron en lágrimas.

Les recordó en pocas palabras los consejos más importantes que les había dado durante su misión, é insistió en particular sobre los designios de la misericordia divina en la obra de su conversión.—¿Quién sabe, les dijo en resumen, si la Providencia divina se ha dignado ilustrarme para vuestra salvación, y la mano del Señor me ha conducido en medio de vosotros? Quizá la Providencia no se ha dignado sacarme del error más que para traerme aquí y encender en muchos la luz de la fe, trabajar en vencer el endurecimiento de algunos, en reanimar la desfallecida piedad de los otros.

Quizá las instrucciones que os he dado son el último rayo de luz y gracia que el cielo os ha reservado, y será muy terrible la cuenta que os pida Jesucristo el último día!

Pues vosotros y yo nos presentaremos en el tribunal de este gran Juez, yo para responder del uso que he hecho de la gracia de su ministerio, enseñándoos y exhortándoos en su nombre, y vosotros para responder de los frutos que habéis sacado de él.—Terminó su predicación recomendándole con muchas instancias y celo la invocación de los santos, las oraciones por sus hermanos y hermanas difuntos, una tierna piedad hacia los santos ángeles, y una fervorosa devoción hacia la Madre de Dios.

Este último discurso produjo mucho fruto. Todos manifestaron grandes deseos de verle otra vez más, de pedirle su bendición, de confesarse con él.

Muchos hubieran querido que no se marchase tan pronto, é iban á pedirle se detuviera algunos días para ponerse en sus manos y llevar por último á cabo el proyecto de conversión que formaban con la mayor sinceridad.

Este espectáculo recordaba el de los fieles de Mileto y de Efeso, arrojándose al cuello de San Pablo y abrazándole con las lágrimas en los ojos, cuando los abandonaba para dirigirse á Jerusalem. Pero Dios llamaba á su ministro á otro país, y aún cuando le costase mucho trabajo separarse de sus neófitos y de todo su rebaño, al que amaba tanto como una madre ama á su hijo, les dió el último adios.

Jamás ha sido más penosa ninguna separación por ambas partes, y sólo se consoló con la confianza que tenía de que el digno obrero á cuyo celo les entregaba, les dirigiría con el mayor cuidado. Mr. Thayer llegó á Baltimore en 1790, cuando Pío VI acababa de instituir por primer Obispo en los Estados Unidos á Mr. Carroll, hasta entonces vicario apostólico. Dirigióse después á Boston, donde se hallaba su familia; (1) hacia mucho tiempo que la había hecho saber su conversión y los motivos que tenía para ello.

Su hermano (2) le dirigió en una de sus cartas una veintena de objeciones sobre este paso, y él le contestó en una larga carta de 1.º de Mayo de 1787, que se ha impreso, y sirve para demostrar que todas las dificultades procedían

(1) La familia del Rev. John Thayer, estaba compuesta en aquella fecha, de su padre Mr. Cornelius Thayer, quien murió seis meses antes de su llegada á Boston, y de sus hermanos, Cornelius, Nathaniel y William Thayer. Su madre Mrs. Sarah Plaisted Thayer y sus hermanos Ebenezer y Samuel Thayer fallecieron antes de su partida á Europa (THAYER.—*Memorial of the Thayer Name*. N.º 1283).

(2) Cornelius Thayer, su hermano mayor (THAYER.—*Memorial of the Thayer Name*. N.º 1287).

de las falsas ideas que tienen los protestantes de la religión católica.

He aquí como refiere á uno de sus amigos de Francia la recepción que se le hizo á su regreso. He llegado á Boston el 4 de Enero de 1791: he sido recibido en todas partes del modo más lisonjero.

El gobernador de la ciudad, de la cual fuí en otro tiempo limosnero, me ha prometido hacer todo cuanto de él dependiese para secundar mis miras y favorecer la obra que me había llamado á Boston. Sólo he merecido deferencias á todos los ministros de la ciudad, algunos me han visitado, y lo han hecho con un tono de cordialidad que no debía esperar.

Los empleados de la Aduana han llevado la política para conmigo al extremo de no querer tomar nada por las cajas, aunque grandes y en bastante número, que he traído de Francia é Inglaterra, porque han considerado todo lo que contenían como cosas destinadas á usos sagrados.— El domingo siguiente, después de mi llegada, prediqué la palabra de Dios, habiendo concurrido un numeroso público á escucharme; y manifestando grande curiosidad por saber cuál es nuestra creencia (1).

La tolerancia completa concedida aquí á todas las sectas me han dejado en toda libertad para hacerla conocer; pero no he podido satisfacer por mucho tiempo la curiosidad y los deseos del pueblo de Boston.

No hacía quince días que permanecía en esta población, cuando el Señor ha tenido á bien enviarme una enfermedad, que me ha tenido en la cama durante más de un mes. La enfermedad llegó á presentarse con un aspecto tan grave, que creí deber pedir los auxilios de un sacer-

(1) Comenzó su misión en Boston en una pequeña iglesia situada en la calle de la Escuela (School Street), construída por varios protestantes franceses, y vendida después á uno ó varios individuos que se habían separado de otras iglesias, en 10 de Junio de 1790.—(THAYER.—*Memorial of the Thayer Name*. N.º 1285).

dote francés, con quien yo trabajé en la obra del Señor y de su Iglesia; mas no tardé en restablecerme, y apenas tuve fuerzas, usé del permiso que se me había concedido para decir misa en mi casa. Apenas me lo permitió mi salud, volví á desempeñar mi cargo, predicando, confesando y visitando las pocas ovejas que componen nuestro naciente rebaño; los protestantes se apresuran como siempre á oírme, pero la mayoría se contenta con esto (1).

El indiferentismo y la filosofía, que reinan aquí lo mismo que en todas partes, son un obstáculo al fruto de la predicación que es muy difícil vencer; obstáculo, sin embargo, que no me desanima.

Tengo el placer de recibir algunas abjuraciones, y mis queridos neófitos me llenan de consuelo con la santidad de su vida. Nuestra iglesia está formada hasta el presente de cerca de un centenar de franceses, irlandeses y americanos: todos los días asisten á misa como una docena de ellos: enseñó á algunos protestantes, que espero ganar para nuestra madre común" (2).

Tales eran entonces los débiles principios de la iglesia naciente de Boston, que pocos años después fué bastante numerosa para ser erigida en obispado, á lo cual contribuyó eficazmente M. Thayer con sus predicaciones y el ejemplo de su santa vida. Murió en Simmerack en Irlanda en 1816. (3)

(1) En 1793 imprimió en Boston su "Fast Sermon at the Catholic Church" y en 1798 dió á la publicidad otro titulado "Discourse at the Catholic Church in Boston on the National Fast May 9, 1798". (ALLIBONE *Dictionary of the English Literature*, London, 1884 *Catalogue of the New York State Library*. Albany 1846.)

(2) Hacia 1811 se trasladó de Boston á Irlanda y se estableció en Limerick, como Cura Párroco de la Iglesia Parroquial de San Nicolás (THAYER — *Memorial of the Thayer Name* N.º 1285.)

(3) Sus restos se hallaron sepultados en la Iglesia de San Patricio. (*Boston Patriot*, de 25 de Mayo de 1839.)

